

Teoría de la lectura, escritura y cuerpo: vinculaciones teóricas entre Marcel Proust y Roland Barthes

por Emiliano Rodríguez Montiel
(Universidad Nacional del Litoral)

RESUMEN

Este trabajo se propone reflexionar acerca de los modos de envío que se producen entre la obra de Marcel Proust y la de Roland Barthes en relación a la postulación de una teoría sobre la lectura en el proyecto teórico de este último. Dicha teoría se funda principalmente en dos textos: *S/Z* y *El placer del texto*. Leer, para Proust, es indiscernible de la tarea de escribir: lo leído/vivido debe ser fijado en la escritura (el arte) para acceder a la experiencia de lo verdadero; una praxis radical que exige como condición un cuerpo (*Scribens*) capaz de sostener en el tiempo la experiencia de la escritura (*Vita Nova*)

ROLAND BARTHES – LECTURA – ESCRITURA – CUERPO – MARCEL PROUST

Marcel Proust y Roland Barthes: una teoría sobre la lectura

Marcel Proust fue para Roland Barthes un guía virgiliano, una presencia infatigable en la construcción de su proyecto teórico y el modelo a imitar por excelencia no sólo en el terreno de la escritura –campo de luchas y tensiones que incluye a los fantasmas de Flaubert y Balzac, entre otros- sino también, sobre todo, como experiencia de vida. Barthes leyó incansablemente en sus noches de Bayona la obra proustiana, le dedicó como crítico enamorado un considerable número de artículos y preparó, al final de su vida, *un modo de ser* Proust, método necesario, vital, para emprender el proyecto último de su labor como escritor: escribir una novela.

En efecto, la cosmogonía proustiana se halla en los engranajes de toda la obra barthesiana, superando con obstinación, incluso, la moda de sus *fases* o etapas teóricas, una persistencia que se puede interpretar como la afirmación de un ejercicio anacrónico, que busca, mediante cierto principio de inactualidad, “*montar un estado subjetivo del presente*” (Pauls 2003: 21).

Ahora bien, uno de los proyectos barthesianos en que la obra de Proust revela su permanencia significativa es aquel que postula la formulación de una teoría sobre la lectura, la cual, gestada en el albor de los años 70, confirma el desplazamiento de los intereses del teórico francés, ya no asociados al rigor científico de los años 60, sino al desequilibrio del sentido aglutinado en las nociones de texto, escritura y placer.

Este trabajo se propone recorrer los postulados principales de la teoría de la lectura barthesiana por medio de una lectura que dé cuenta de la deuda teórica que las conceptualizaciones de Barthes tienen en relación a la obra de Proust.

S/Z

Barthes, como expresamos, comienza a esgrimir su teoría de la lectura en 1970 con la publicación de *S/Z*, texto eruptivo que delinea una disyunción ya célebre dentro del campo de la teoría literaria: el par *Obra/Texto*. Las cualidades con que el «estructuralismo» había pensado al texto literario -a saber: totalidad, coherencia, orden y comunicabilidad- trasmutan a una nueva concepción caracterizada por el descentramiento estructural y el abandono a los límites impuestos por las reglas del discurso científico. El texto literario, a partir de esto, se despoja de la tarea de fundar verdades y se inscribe en una práctica significativa, signada por el sentido irreductible, el fragmentarismo y la ausencia de propietario. Ahora bien, estos cambios en relación al modo de concebir el objeto

literario conllevan la redefinición de otra categoría inherente al texto: la lectura. En efecto, el texto, al no pensarse ya como una estructura de significados sino como una galaxia de significantes, abandona su carácter de producto para pensarse a partir de la noción de «productividad», lo que implica concebir la lectura ya no como un gesto parásito que persigue el sentido único refugiado en la obra, sino como un trabajo del lenguaje, una verdadera aventura por el significante (Barthes 1970; De Diego 1993; Giordano 1995).

En este marco, el lector, hasta el momento el hermano mudo del escritor, que sólo podía ingresar al texto como invitado, renuncia a su condición de *usufructuario* para dejarse fluir en el torrente metonímico de las palabras. Ya no hay hilo de Ariadna para la fundación de una Verdad, sino que el lector, para encontrar sus sentidos dentro del texto –su *verdad lúdica*– deberá trabajar, es decir, encontrar, nombrar, renombrar, pasar, atravesar, articular, olvidar. La lectura deviene en intervención o praxis activa que involucra a la escritura como vehículo principal. En efecto, lo que ocurre en *S/Z* es una identificación de las nociones de lectura y escritura: ambas son definidas y trabajadas conjuntamente, impidiendo que se las conciba por separado. Leer implica inherentemente escribir, una teoría de sobre la lectura conlleva necesariamente a una teoría sobre la escritura, ya que leer –nos dice Barthes– se convierte en una «buena conductora del Deseo de escribir» (1975: 45).

El placer del texto (1973)

Ahora bien, en 1973 Barthes continua inmerso en la esfera de la «textualidad» pero ahora decidido a pensar el «texto» a partir de una reflexión teórica sobre el «placer». El plan continúa siendo el mismo que el de *S/Z*: sustituir el círculo religioso, dogmático, que presenta la cultura burguesa en el espacio de la lectura, por un discurso retórico que redefina al lector en tanto sujeto que invalida, por medio de su placer, el monstruo del estereotipo. Todo el proyecto teórico de Roland Barthes puede pensarse a partir de esta intencionalidad, una persistencia u obstinación que siempre reivindicó el fuera de lugar, la *atopía*, frente a los conformismos subjetivos. Así pues, el encargado de llevar a cabo este deslizamiento combativo y tangencial es el lector: “Ficción de un individuo (...) que aboliría en sí mismo las barreras, las clases, las exclusiones (...) que mezclaría todos los lenguajes aunque fuesen considerados incompatibles (...)” (Barthes 1973: 10). De este modo, a partir de la irrupción de la noción de placer la lectura abandona su lugar de mero reservorio de esquemas ideológicos para erigirse como zona hemorrágica, que desgarrar ya no sólo la estructura del texto sino todas las formas superficiales del arte, las cuales, a través de libros, films y demás manifestaciones, repiten bastardamente los estereotipos de la cultura.

En este sentido, para llevar a cabo esta operación teórica, Barthes organiza sus postulados alrededor del par categorial *placer/goce*. El «texto de placer» es la *satisfacción*, aquello que está unido a la consistencia del yo y asegura los valores de plenitud, relajamiento y comodidad; el texto de placer nuclea todo el campo de la lectura de los clásicos. El «texto de goce», en cambio, es la *desaparición*, la *atopía*, una experiencia asocial a través de la cual el sujeto, en lugar de constituirse, se pierde, vive una experiencia de gasto en relación a su cuerpo (Barthes 1975). Por tanto, la lectura, a partir del goce, se vuelve una forma de perversión o *epoché* que pone en paréntesis el yo empírico del lector y coloca en primer plano su cuerpo, materia ascética en donde desemboca la detención de todos los valores admitidos (Marty 2007). En suma, la noción de lectura barthesiana, a partir de *El placer del texto*, incorpora a su conceptualización el cuerpo del lector:

tengo la convicción de que una teoría de la lectura (esa lectura que siempre ha sido la pariente pobre de la creación literaria) es absolutamente tributaria de una teoría de la escritura: leer es rencontrar en el nivel del cuerpo y no de la conciencia *cómo ha sido escrito eso*: es ponerse en la producción, no en el producto; se puede iniciar ese movimiento de coincidencia, sea de una manera clásica, reviviendo con placer la

poética de la obra, sea de una manera más moderna, levantando en uno mismo cualquier tipo de censura y dejando ir el texto hacia todos sus desbordes semánticos y simbólicos; en ese punto, leer es verdaderamente escribir: escribo –o reescribo– el texto que leo, mejor y más lejos de lo que su autor lo ha hecho” (Barthes 1981: 164).

Este modo de concebir la lectura, que imbrica en su misma práctica la escritura y el cuerpo del lector en tanto vehículo significante y soporte pulsional, nos envía a las reflexiones que Marcel Proust realiza en *La Recherche*.¹ En efecto, ambos autores confluyen en una misma concepción al concebir la lectura como una experiencia activa, que abandona el reposo solitario para convertirse en una verdadera práctica de sentido, que borra los límites entre el adentro y el afuera, entre el interior y el exterior del acto de leer. El lector, al sobrepasar la censura cultural, al levantar la cabeza del libro y dejar que el cuerpo escriba sus propias ideas, desmantela el carácter inerte y solitario de la lectura.

Ahora bien, este grado de productividad y relevancia de la lectura alcanza su punto máximo en la concepción proustiana, ya que leer para Proust –una de sus acepciones–, lejos de consistir en un mero ejercicio solitario y afásico, forma parte de un proyecto mayor, titánico, el más importante de todo ser humano y artista, que nuclea no sólo la lectura, la escritura y el cuerpo, sino también la vida, a saber: la experiencia de lo verdadero. Esta empresa o destino último de todo hombre se explica en el marco de la teoría estética que Proust funda en *La Recherche*, obra descomunal que, como una enciclopedia o *Libro-Suma*, reúne en varios tomos un saber psicológico –con sus vertientes amorosas y mundanas (Barthes 2004: 244)–, un saber del alma o del espíritu y, lo que nos interesa, un saber sobre el tiempo. El tiempo tiene una verdad y la experiencia de lo verdadero se encuadra allí, en ese saber que Proust desarrolla no en el regurgitar de una sola clase, sino sistemáticamente, a través de una serie de pasos o etapas a lo largo de toda la novela. *En busca del tiempo perdido* es la historia de una voluntad de escritura, el relato de cómo un hombre, un lector, alcanza al final de su vida vislumbrar la ruta por la cual se llega, como mortal, a la esencia de las cosas.

El primero de los aprendizajes de Marcel señala que el tiempo no se recupera por medio del intelecto. Para recobrar el pasado debe tener lugar algo distinto que la operación del simple recuerdo como acto deliberado: tiene que acontecer un encuentro fortuito –una *epifanía*– entre una sensación actual (sabor, olor, vista, tacto o sonido) y un recuerdo, una evocación del pasado sensorial:

es trabajo perdido el querer evocar el pasado e inútiles todos los afanes de nuestra inteligencia. Ocúltase fuera de sus dominios y de su alcance, en un objeto material (en la sensación que ese objeto material nos daría) que no sospechamos. Y del azar depende que nos encontremos con ese objeto antes de que nos llegue la muerte, o que no le encontremos nunca (Proust 1913: 57).

El líquido caliente mezclado con el bollo de la magdalena, los campanarios, las baldosas irregulares del Palacio de Guermantes, el tintineo de una cuchara o la rigidez de una servilleta, son materias, signos del mundo que remiten a un pasado presuntamente olvidado e inaprensible si se lo intenta buscar (Becket 1931: 64; Deleuze 1964). “La mejor parte de nuestra memoria –nos dice Proust– está fuera de nosotros, en una brisa húmeda de lluvia, en el olor a cerrado de un cuarto o en el perfume de una primera llamada” (1919: 403). Ahora bien, frente a la epifanía Marcel debe interpretar el sentido de esa impresión, ya que aquello que se le aparece azarosamente –como cuchillas que erupcionan de un frente invisible– comporta una esencia, una verdad. Interpretar consiste en descifrar, desmantelar, leer y aprender el sentido de ese signo ocasional. *La Recherche*

¹ El alcance de este trabajo es parcial, de ningún modo exhaustivo y pretencioso: sólo trabaja una de las múltiples concepciones y/o teorizaciones sobre la lectura que la obra de Proust posibilita.

es, ante todo, la narración de un aprendizaje (Deleuze 1964), la historia de cómo Marcel aprende a develar el significado de la sensación que le producen ciertos signos exteriores, como por ejemplo, el célebre bollo de la magdalena. Si el cuerpo barthesiano se pierde al desautomatizar con su goce los significados de la cultura, el cuerpo proustiano se estremece al entrar en contacto con la materia portadora de verdad: “Tan pronto como el líquido caliente mezclado con la miga del bollo me rozó el paladar, me estremecí, concentrado en los cambios extraordinarios que ocurrían en mi interior (...) Dejé de sentirme mediocre, contingente, mortal” (1913: 56).

Vemos, de este modo, cómo verdad y lectura se relacionan íntimamente en la concepción proustiana sobre la lectura: el signo, al ser interpretado, exhume una esencia oculta, una propiedad auténtica del objeto, cuya irradiación conduce al sujeto a la experiencia de lo verdadero; una verdad que, si bien es reconocida involuntariamente en la violencia de los signos exteriores, su hábitat, su domicilio, la catedral en la que está destinada a vivir para siempre, se halla en el interior de cada sujeto. En efecto, “las únicas cosas bellas que podemos encontrar –nos dice Proust– están en nosotros mismos” (1927). La verdad es eso: la esencia última en el corazón de una persona, una diferencia *cualitativa* que existe en la manera en que se nos aparece el mundo.

Ahora bien, la única vía de alcanzar la experiencia de lo verdadero, ese tiempo en estado puro, sin modificaciones, que se diferencia del tiempo que se pierde enamorándose, trabajando, siendo, es asentar aquello aprendido en la escritura. El arte se erige aquí como el único territorio en que la verdad puede *ser*. Proust recupera el apotegma mallarmeano que dicta “el mundo existe sólo para llegar al libro” y le agrega un objetivo: eternizar el secreto de cada uno en el arte:

Es preferible sacrificar toda la vida a la felicidad total que aceptar un trozo de ella (...) Ésta es la historia íntima de *En busca del tiempo perdido*. El recuerdo total responde a la transitoriedad total, y la esperanza únicamente reside en la fuerza para interiorizar esta transitoriedad y fijarla en la escritura. Proust es un mártir de la felicidad” (Adorno 1974)

En suma, consumir una obra, someterse a los lugares más apartados de la realidad interior e indagar individualmente por las sombras de lo desconocido, son las vías para llegar al espíritu. El trabajo del escritor, concluye Proust, no es otro que el de dejar establecido su punto de vista para que el mundo conozca su *diferencia* y con ello la experiencia de lo perpetuo: «Yo digo que la ley cruel del arte es que los seres mueran y que nosotros mismos muramos agotando todos los sufrimientos, para que nazca la hierba no del olvido, sino de la vida eterna» (1927: 212).

Ésto es lo que al final de su recorrido, con su cuerpo ya desgastado, Marcel *aprende*: el saber de que «el Tiempo, lejos de ser una flecha irreversible, está hecho más bien de pliegues y repliegues (Pauls 2000: 13)», de que el presente es el aquí y ahora de un bombardeo epifánico por parte del pasado (una dimensión que jamás muere sino que sólo cambia de forma), y que la única manera de capturar esa eternidad encapsulada es por medio del Arte. Por eso Proust, sabiendo ésto, sacrifica su vida por la escritura, recluyéndose en el n° 102 de Boulevard Haussmann de París, un piso amplio, amueblado, lo suficientemente apto para prescindir de todo elemento externo y pasarse, literalmente, catorce años escribiendo.

He aquí que la teoría barthesiana y proustiana vuelven a encontrarse: en la noción de cuerpo como materia pronta a acabarse, en la idea de la muerte como horizonte cercano que acecha la praxis artística. Proust en las páginas finales de *El tiempo recobrado* confiesa el temor a morir sin haber podido acabar su obra. El mismo miedo confiesa Barthes en *La preparación de la novela* (2004: 210), seminario legendario en donde el semiólogo francés ensaya una vida metódica de escritura teniendo como modelo, entre otros, la biografía de Proust, una *vita nova* cargada de horarios, temas, condiciones, separaciones y dudas. Este miedo, que viene entrelazar la vida y la obra de ambos autores, se explica no sólo el hecho de que tanto Proust y Barthes hayan portado, desde temprana edad, un cuerpo frágil, resultado de una enfermedad crónica, sino, sobre todo, en la circunstancia significativa de la muerte de la madre de ambos. En efecto, este hecho marcado hace

que ambos autores dejen el modo de trabajar hasta el momento y se decidan a llevar a cabo el deseo de toda su vida: escribir una novela. Proust abandona la forma breve y limitada para pasar a la extensión espiralada de *La Recherche*; Barthes, por su parte, inicia desde el espacio amoroso del seminario una preparación, un punto de partida o antesala para su obra tan esperada y fatalmente nunca realizada.

Conclusiones

En resumen, a partir de las nociones de lectura, escritura y cuerpo la teoría barthesiana y proustiana entran en conversación. Estas categorías conforman en cada teoría un tríptico indisoluble y comunicante, signado por la productividad y funcionalidad de cada una de sus partes. En la producción teórica de Roland Barthes observamos cómo la postulación de una «Teoría sobre la lectura» se vuelve inmediatamente tributaria de una «Teoría sobre la escritura». Los cimientos de esta edificación se hayan principalmente en dos textos: *S/Z* (1970) y *El placer del texto* (1973). En el primero, la lectura se detiene en lo *escrito*: a partir de la aparición de la noción de «texto», ésta deja de ser un espacio de intransitividad de la obra para convertirse en un trabajo del lenguaje, en la cual el lector, a través de su aventura por el significante, instaura su verdad *lúdica*. En el segundo, a raíz de la irrupción de la noción de «placer», la lectura traspasa lo escrito y se detiene en el cuerpo, volviéndose una forma de perversión o *epoché*, capaz de levantar en uno mismo cualquier tipo de censura y volverse dentro del discurso cultural un arma de combate contra los conformismos subjetivos. En la obra proustiana, por su parte, constatamos que la noción de lectura, en tanto tarea de interpretación epifánica, exige al igual que la concepción barthesiana volcar lo descifrado en la escritura, ya que ésta se erige como la única praxis que el hombre posee, según Proust, para fijar para siempre su diferencia cualitativa en el mundo. A su vez, el cuerpo proustiano entra en comunión con barthesiano por alzarse como vehículo de sentido y soporte de la experiencia estética de la lectura.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, T. (1974). “Pequeños comentarios sobre Proust”. *Notas sobre literatura. Obra completa II*, Buenos Aires, Ed. Akal, 2003, 194-206.
- Barthes, Roland (2002) [1970]. *S/Z*, México, Ed. Siglo XXI.
- Adorno, T. (1986) [1973]. *El placer del texto*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI.
- Adorno, T. (1987) [1975]. “Sobre la lectura”. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Ed. Paidós, 39-49.
- Adorno, T. (2005) [1981]. *El grano de la voz. Entrevistas 1962 – 1980*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI.
- Adorno, T. (2005). *La preparación de la novela*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI.
- Becket, Samuel (2008) [1931]. “Proust” en *Proust y otros ensayos*, Santiago de Chile, Ed. Universidad Diego Portales, 49-100.
- De Diego, José Luis (1993). *Roland Barthes, Una babel feliz*, Buenos Aires, Almagesto.
- Deleuze, Gilles (1989) [1964]. *Proust y los signos*, Barcelona, Anagrama.
- Giordano, Alberto (2005) [1995]. *Barthes: Literatura y poder*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Marty, Éric (2007). *Roland Barthes, el oficio de escribir*, Buenos Aires, Ed. Manantial.
- Pauls, Alan (2005). “Prefacio a la edición en español”. Roland Barthes, *Cómo vivir juntos: simulaciones novelescas de algunos espacios cotidianos*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI.

Pauls, Alan (2013) [2000]. *El factor Borges*, Barcelona, Ed. Anagrama.

Proust, Marcel (2004) [1913]. *Obras completas. Tomo I. En busca de tiempo perdido: Por el camino de Swann*, España, Editorial Aguilar.

Proust, Marcel (2004) [1919]. *Obras completas. Tomo I. En busca de tiempo perdido: A la sombra de las muchachas en flor*, España, Editorial Aguilar.

Proust, Marcel (2004) [1927]. *Obras completas. Tomo III. En busca del tiempo perdido: El tiempo recobrado*, España, Editorial Aguilar.